

Se le aparece cada quincena



Salvador Pániker • Matías Ayala • Víctor Coral • José Quintín Mendoza •
Patricia Collazos • Judith Ustáriz • Felipe Mansilla

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XVII n° 410 Oruro, domingo 1 de febrero de 2009





Locomotoras. Témpera sobre cartón.
Erasmo Zarzuela Chambl

Meditación

(En el sentido del mindfulness budista) Meditar no es poner la mente en blanco, sino liberarse del apego, es decir, del miedo. Meditar es quizá la única actividad humana carente de propósito: quien medita no va a ninguna parte. Es la vida sin finalidad del sabio zen. (También el Maestro Eckhart enseñaba que "el hombre sabio no basa sus acciones en motivo alguno.") "Meditar es vaciarse de lo conocido", escribe Krishnamurti. Y añade: "Lo conocido es el pasado".

¿Meditar filosofando? No está descartado—al menos como preámbulo—, siempre que uno mantenga la distancia—no se identifique— con su propio pensamiento. En todo caso, ya enseñó Nagarjuna que a la sabiduría no se llega conceptualmente, y Chiang-tzu dijo que "cuando aparecen los juicios mentales comienza la destrucción del Tao". Y Wittgenstein aclaró que aún cuando podamos tener experiencias íntimas, cualquier cosa que podamos decir de ellas es ya "lenguaje público".

Salvador Pániker en: *Asimetrías*.



el duende
director: luis urquieta m.
sejo editor: alberto guerra g. (†)
benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
adolfo CÁCERES R.
coordinación: julín gARCÍA O.
diseño: DAVID ILLANES
448 telfa. 5276816-5288500
elduende@zofro.com
elduendeoruro@yahoo.com
lurquieta@zofro.com

el duende on line: www.zofro.com/elduende

Pequeña biografía de Enrique Lihn

Enrique Lihn Carrasco nació el 3 de septiembre de 1.929 en Santiago de Chile, en una familia burguesa algo venida a menos. La abuela, angustiosa, católica y amante de la pintura prerrafaelista, fue una figura fundamental en la infancia del poeta. Su tío, Gustavo Carrasco, pintor y dibujante, también fue muy importante en su niñez. Lihn realiza sus estudios básicos en el Saint George, después en el Colegio Alemán. Estudiante conflictivo, inquieto e histriónico, fue expulsado de este último establecimiento.

A los 13 años ingresa a la Escuela de Bellas Artes de la Universidad de Chile, entonces ubicada en el Parque Forestal, para estudiar dibujo y pintura. Dedicado a la bohemia intelectual de los años 50 —burguesa y estatal a un tiempo— conoce a Alejandro Jodorowsky, Jorge Edwards, Luis Oyarzún, Eduardo "Chico" Molina, entre muchos otros. Lihn finalmente se dedica a la crítica de artes plásticas en la revista de la Escuela de Arte. Publica su primer libro de poemas, *Nada se oscurece* (1.949) libro que tanto Lihn como la crítica marginarán. En cambio, algunos versos de *Poemas de este tiempo y de otro* (1.955) serán rescatados en antologías futuras. Comienza su escritura de narrativa y de ensayos sobre literatura y artes plásticas. Nunca dejará de dibujar. Entre los múltiples oficios que tuvo en esta época se encuentra la de locutor radial.

Entabla amistad con Nicanor Parra y lee su obra. Escribe los primeros "monólogos" (del padre con su hijo, del viejo con la muerte) que ganan el Premio Juegos Florales en 1.956. En 1.960 nace su única hija, Andrea, de Ivette Mingram. Sus primeros cuentos son de esta época, y en 1.963 publica el que considera su primer "libro valioso", *La pieza oscura* (ganador del Premio Atenea), que combina monólogos dramáticos, episodios narrativos, elementos biográficos y un retrato distanciado de las relaciones amorosas y sociales. Milita, algún tiempo, en el Partido Comunista de Chile, publica el libro de cuentos *Agua de arroz* (1.964). Gana (o bien, consigue) una beca de museología de la UNESCO (1.965) que lo lleva a visitar museos en París, Bruselas e Italia. De aquella experiencia sale un libro, *Poesía de paso*, el cual combina turismo, museos, recuerdos de infancia y una agónica y crítica relación sentimental con Nathalie Waag.

Poesía de paso gana el premio Casa de las Américas (Cuba) de 1.966. Viaja a La Habana a raíz del premio. Reside allí un tiempo y asiste a congresos continentales de literatura, tales como "Encuentro Rubén Darío" en Varadero, en enero de 1.967. También trabaja en la revista Casa de las Américas y el Instituto del libro, en donde escribe artículos y hace traducciones. Hace amistad con Heberto Padilla, Roque Dalton y, al parecer, José Lezama Lima. Adquiere matrimonio con María Dolores, una muchacha con la cual tiene una corta relación. La invasión de Praga por parte de la URSS (agosto 1.968) y su apoyo por parte del gobierno de Cuba, junto con otros hechos represivos de la vida cotidiana, levantan la sospecha del poeta. De la tensión entre él mismo y la crítica, entre poesía y política, entre el sujeto y los demás, surgen *Escrito en Cuba* (México, 1.969), poemas largos escritos en versículos, y *La musiquilla de las pobres esferas* (Santiago, 1.969).

A finales de 1.968 llega a Santiago. El caso Heberto Padilla —el poeta apresado en La Habana por el gobierno castrista y forzado a expiación pública— tiene ecos internacionales. En mayo de 1.970, Lihn publica un texto en su defensa y meses más tarde, el 3 de noviembre de 1.970, Salvador Allende asume el gobierno de Chile. Esta carta pública, así como la resistencia de Lihn a militar en un partido, marcan las relaciones conflictivas con la Unidad Popular. De forma consecuente, en la compilación *La cultura en la vía chilena al socialismo*, Lihn propugna una libertad crítica para los intelectuales. Comienzan sus actividades docentes: entre los años 1.970 y 1.973, dirige el taller de poesía de la Universidad Católica de Chile. Invitado por Cristián Huneeus, en 1.972 se integra como profesor investigador de literatura en el Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad de Chile. Viaja a Perú en 1.969 y 1.972. En 1.973 se publica la paródica novela *Batman en Chile*, en donde el superhéroe Batman viaja a Chile para derrocar al gobierno de Allende contratado por la CIA.

Golpe de Estado en Chile en 1.973. Lee a Derrida y a Quevedo en el verano de 1.974, y escribe los sonetos esperpénticos de *Por fuerza mayor* (1.975). Comienza otra época de viajes durante esta y la próxima década. En 1.975 viaja a EEUU y a París. Roland Hussen le consigue una invitación del gobierno francés. De esto sale *París, situación irregular*, publicado en Chile en 1.977. Escribe novelas experimentales y paródicas: *La orquesta de cristal* (1.976) y *El arte de la palabra* (1.980). En 1.978 obtiene la Beca Guggenheim y viaja a Nueva York, de donde surge *A partir de Manhattan* (1.979). Luego viaja varias veces a Estados Unidos como profesor visitante en distintas universidades (Austin, Irvine). En Estados Unidos sale *Al bello aparecer de este lucero* (1.983) volumen sobre una tormentosa relación amorosa con una mujer algo más joven. Por otra parte, en *Pena de extrañamiento* (1.986), recopila poemas de viaje escritos durante los '80 en EEUU y Europa.

Sus estadías en Chile son prolíficas en proyectos literarios y comunitarios. Lihn se vuelve una figura que aglutina elementos culturales disidentes durante la dictadura. Escribe reseñas en *Cauce*, ensayos sobre poetas jóvenes y artistas plásticos. Monta obras de teatro, realiza performances y filma videos. Su presentación de *El Paseo Ahumada* (1.983), libro grotesco sobre el espacio urbano de la nación bajo recesión económica, le vale un breve arresto policial en el mismo Paseo Ahumada. Esta obra, junto a *La aparición de la Virgen* (1.987) —basada en una supuesta aparición divina— fueron ediciones precarias, autofinanciadas en gran medida por el poeta y sus amigos.

Como a todo personaje romántico, la salud no acompaña la actividad febril del artista. En 1.963 le extirpan el apéndice. En 1.977 (o '79) le realizan una operación a la vesícula. En 1.981 sufre un infarto en Barcelona, en donde se hospitaliza bajo el nombre de Germán Marín. Tiene problemas de un riñón desde 1.983, al menos. Fallece en Santiago de Chile el 10 de julio de 1.988, en la calle Passy 061, tercer piso, víctima de cáncer al pulmón, descubierto tardíamente. Sobre esta última experiencia escribió *Diario de muerte* (1.989).

Echar de menos a Char



Cuando uno oya hablar de la poesía del siglo veinte, de lo mejor de ella, inmediatamente piensa en *Tierra baldía*, de T. S. Eliot; *Anábasis*, de Saint-John Perse; *Elegías de Duino*, de Rainer Maria Rilke; *Trilce*, de César Vallejo. Pero si pudiéramos preguntar por su poemario preferido a algunos de los más grandes pensadores y poetas de ese mismo siglo, como Martin Heidegger, Albert Camus, Georges Bataille y Paul Celan, no hay duda de que nos responderían: *Furor y misterio*.

Gran parte de la oscuridad y desinterés que ha envuelto a este extenso libro de poemas en prosa, aforismos y reflexiones sobre la poesía, provienen del propio autor, quien durante toda su vida practicó una suerte de ascetismo laico, dedicándose exclusivamente a la creación y desdibujando todo elemento distractor, incluyendo tender los puentes del caso para aspirar a algún gran premio—aunque muy a su pesar fue voceado para el Nobel en los sesenta—o reconocimiento.

La poesía de Char no se restringe a este gran libro, *Furor y misterio*, pero sí es una buena síntesis de lo mejor de su creación. Se trata de un poemario difícil, relampagueante, pero nunca hermético, ni en el buen sentido ni en el peyorativo. Y es que para Char la poesía siempre fue un espacio donde belleza y verdad daban la mano. Un escenario de claridad e ideas renovadoras.

Sobreviviente de la resistencia europea, Char siempre pensó la escritura como un acto de libertad y a la vez un compromiso ineludible.

Cada una de las letras que componen tu nombre, Belleza, en el cuadro de honor de los suplicios, abraza la llana simplicidad del sol, se inscribe en la frase gigante que cierra el paso al cielo, y se asocia al hombre empeñado en burlar a su destino con ayuda de su contrario indomable: la esperanza ("La rosa de roble")

Su voz también se alza contra los versificadores vacíos, contra los diseminadores de superficialidad y cinismo, contra la impostación:

¡Cuántos aficionados siguen poniendo a correr por las pistas de un hipódromo situado en el seno del lujoso verano, entre los nobles brutos selectos, a un caballo de coseo taurino cuyos intestinos recién cosidos palpan todavía con un polverío repugnante! Hasta que la embolia dialéctica que fulmina a todo poema elaborado fraudulentamente castigue como se merece a su autor por esta impropiedad inadmisible (Partición formal).

Reflexivo y súbitamente eclátante, con un pie en una trascendencia curiosamente atea y el otro en el maravilloso horror de ser

de un hombre hecho de guerra y pasión, de ternura y fuego, Char fue durante toda su existencia el oficiante de su propio ritual, el alquimista de una forma muy propia de asumir el compromiso creador, y aunque se encontró a lo largo de su vida y de su muerte cara a cara con la incompreensión y la mezquindad, nunca se apartó un ápice del camino que él mismo se trazó.

Hoy, varias décadas después, ese camino parece, incluso, el de un visionario. *Llegará el tiempo en que las naciones, sobre la rayuela del universo, serán tan estrechamente interdependientes como los órganos de un mismo cuerpo, solidarias en su economía. ("La Francia de las cavernas")*

Como Hanna Arendt lo sugiere, paráfraseándolo, en su ensayo "La brecha entre el pasado y el futuro", la poesía de Char es una herencia que no proviene de ningún testamento. Es más bien el testamento mismo—yo diría—de un futuro donde el poeta "íntegro, ávido, impresionable y temerario se cuidará de simpatizar con las empresas que enajenan el prodigio de la libertad en poesía, es decir, de la inteligencia en la vida".

Tal vez por ello el autor de *El hombre rebelde* sentenció con extraordinaria lucidez sobre su poesía: "Poeta de la rebelión y de la libertad, jamás ha aceptado la complacencia ni confundido la rebelión con el capricho". En un tiempo donde los caprichos predominan sobre la verdad, y donde la complacencia es un sentido común, no hay duda de que su palabra es cada vez más urgente. Como en los tiempos en que luchaba, en cuerpo y verbo, contra los dictados de la muerte fascista. Todo un poeta. Todo un hombre.

Tres textos de René Char:

Celebrar a Giacometti

En ese final de la tarde de abril de 1.964, la vieja águila despótica, el herrador arrodillado, bajo la nube de fuego de sus invectivas (no cesó de fustigar con ofensas a su trabajo, es decir, a él mismo) me descubrió, sobre el propio enlosado de su taller, la figura de Carolina, su modelo—¿tras cuántos arañazos, heridas, hematomas?—, fuente de pasión entre todos los objetos del amor, victorioso sobre el falso gigantismo de los desechos acumulados de la muerte, y también sobre las parcelas luminosas apenas separadas, sobre nosotros, sus testigos temporales. Fuera de su sombrío alveolo de deseo y de crueldad. Se relleaba, ese hermoso rostro sin antaño que iba a matar el sueño, en el espejo de nuestra mirada, provisional receptora universal para todos los ojos futuros.

Calendario

He enlazado unas a otras mis convicciones y agrandado tu Presencia. He otorgado un curso nuevo a mis días adosándolos a esta fuerza espaciosa. He despedido a la violencia que limitaba mi ascendiente. He sido apagadamente la muñeca del equinoccio. El oráculo ya no me hace su vasallo. Entro: experimento o no la gracia.

La amenaza se ha pulido. La playa que cada invierno se alestaba de leyendas regresivas, de sílabas con los brazos cargados de orlitas, se prepara para los seres a quienes socorrer. Yo sé que la conciencia que se arriesga no tiene nada que temer a la cuchilla.

Sade

La pura sangre robada a la rosada,
Acariciadora mental en llama,
Tan jugosa las crines halagadas,
El oílate extenuado en las proximidades
de una colonia de delicias
Llama a los deseos apartados,
Imperio de la rosa desvestida,
Como hielo bajo el agua negra, sueño fatal, sapo.



Victor Comblin. Lima, 1960. Poeta, novelista y crítico literario.



Aniceto Arce y el prii

Discurso pronunciado por el Dr. José Quintín Mendoza en la ina

Señores:

La redacción de *El Heraldo* encabezando a la ilustre ciudad de Cochabamba, me ha encargado que, como ofrenda de aquel pueblo, deposite una placa conmemorativa en la columna que sustenta la estatua erigida a la memoria del Doctor Aniceto Arce. A su vez, una respetable asociación de la naciente ciudad de Uyuni, me ha encargado también que la represente en este acto, ofreciendo a la familia del ilustre patricio, que lleve una tarjeta simbólica, en esta solemnidad en que toda una nación recompensa con las manifestaciones de gratitud, la memoria del constructor del primero de sus ferrocarriles, encargándole al bronce, que perpetúe esa memoria cuando menos, tanto como dura el bronce fundido y modelado.

Son demasiado expresivas las manifestaciones de ambos pueblos, si bien es cierto que tratándose de un tributo prestado al mérito de un hombre egregio, pudieron nuestros compatriotas, tomar prestada al pueblo francés la sencilla frase que la Constituyente de 1.798 hizo grabar en la tumba de Mirabeau: *A los grandes hombres la patria agradecida.*

La Empresa Minera de Huanchaca, que en una parte considerable era propiedad alodial del antiguo abolengo de la familia Argandoña, fue impulsada en la última treintena del siglo pasado con una energía industrial desconocida entre nosotros, por dos talentos sobresalientes: el Doctor Aniceto Arce vinculado a esa familia por su matrimonio, y el célebre industrial Manano Ramírez. He ahí dos creadores de ese colosal asiento de producción, que en nuestros días ha reemplazado en su fama milica a la tradicional y legendaria Potosí.

Otro talento boliviano, sostiene por ahora ese trozo de Golconda: Luis Solá. De ese modo, podemos decir con noble satisfacción que la plata extraída de esta agreste región, nos da nombre en el mundo, granjeándonos simpatías, porque el color blanco mate de ese metal precioso, extraído por toneladas que no se agotan, tiene los visos del iris en las aristas de sus piñas, por ser plata boliviana, como son bolivianos el talento y el carácter de los titanes de la industria que ha gastado sus esfuerzos en esa triste montaña, para hacer de ella una creación maravillosa, sin que los medios ministrados por la sabiduría europea, naturalmente egoísta y sordida, hubieran dejado caer muchas veces consejos nugatorios y frecuentemente contraproducentes.

En la explotación de estas riquezas se aglomeró, en forma de grandes montículos, el metal pobre que nosotros arrojamus con desdén y el mundo mira con envidia: la broza de Huanchaca, tan despreciada aquí y que era fascinadora como una hada fuera del país, para transformar esa envilecida broza en las imágenes sagradas que se adora de rodillas en los fastuosos artonados de los palacios imperiales, en las colchas de los reyes o en la cuna de los reyezuelos que aún manan.

Era necesario un ferrocarril para llevar esa broza apilándola afanosamente con los cien brazos del Gigante Briareo. Esa broza debía de lundirse en el monstruoso ingenio de Playa Blanca, transportándose en planchas de pía que son otros tantos talismanes, porque si la plata es fascinante, opaca, en cambio la codicia ve siempre a través de sus moléculas todos los falsos y mentidores ensueños de la felicidad.

Las empresas extranjeras dijeron entonces: *Hay carga en Bolivia para un ferrocarril y si esa carga es buena, basta saber que es de plata.* Con ese motivo se propuso la construcción de ferrocarril de Antofagasta a Pulacayo, con el fin exclusivo de acarrear los desmontes de este lugar a la lundición de Playa



Monumento a Aniceto Arce. Foto: Oscar Hinojosa.

Blanca, que el cálculo desgraciado y torpeza de los ingenieros que jamás perdonan errores, levantó con las estupidas dimensiones de una Ussina europea.

Arce, Presidente de Bolivia a la sazón, acogió esa iniciativa con todo el calor de su entusiasmo y la protegió allanando todas sus dificultades como accionista principal de Huanchaca, interesado en la realización de tanto desmonte acumulado que contenía dormido e improductivo, un capital enorme. Preciso es que seamos justicieros señores.

Las Repúblicas son orgánica y fatalmente ingratas. Siempre los gusta recibir beneficio y después, magullar a golpes si no es morder la mano benefactora. Los enemigos de Arce le llenaron de invectivas con este motivo, y lo menos que le dijeron fue que, como agente secreto de Chile, introducía en el país un ferrocarril puramente estratégico que abría las entrañas de la nación, poniéndola al alcance del brazo del enemigo nacional. Otros, más severos o audaces, dijeron: *Este pícaro sacrifica la defensa nacional a su medro individual, mediante un railway con el cual hace el pingüe negocio de extraer y vender sus brozas.*

De esta extraña manera, se situaba la suprema defensa de un país, no ya en el valor, en la abnegación, en el pecho o el cerebro de sus hijos, sino en la dichosa circunstancia de hallarse circuido por desiertos atroces e infranqueables, justamente como el queloniano fia su defensa a la dureza de la concha debajo de la cual se encoge, inerte y sin vida, cuando el águila aparece rasgando el aire con sus alas.

Pero esta monstruosidad no debe espantarnos ni avergonzarnos, porque en el globo terrestre, no es nuestro país el único, donde se engie como dogma de fe un desatino. Otras naciones llamadas civilizadas lo hacen mejor, y ahora mismo, no nos asustemos de verlas en la ciencia, en el arte, en la literatura, en la política, levantando constantemente altares para el Becerro. Si los sabios no tuvieran el derecho de hablar absurdos y pueblos el gusto de creerles, el absurdo no estaría domiciliado en el mundo como en su casa. Sería un poco más peregrino.

Sin embargo, esta guerra inevitable no debía conmover la firmeza de carácter del Doctor Arce, que siguió impertérrito y con tesón el camino que se trazó para introducir a su país el primer railway. Debía costarle la misma fatiga que le cuesta al hijo de la pobrísima familia del menestral, cuando reconcentra todos sus esfuerzos y ahorra el fruto de sus privaciones y vigillas para tener el dulcísimo y santo placer de decirle a su madre, obsequiándola en el día de sus días: *¡Adorada madre! De hoy más no llevarás tu anciana humanidad sobre tus cansados pies ni tus hortalizas al mercado sobre la espalda. Te he comprado un caballito. Esa es*

y debe ser la función de los hijos mayores en una familia, y Arce supo ser uno de los hijos mayores de la familia boliviana, por eso arrastró con serenidad más de una desecha tormenta para que su casa adquiriera el primer jumento con ruedas, que debía cargar y descargar en sus lomos de acero, todos los productos de la familia, para presentarlos en la feria dominical al gran mercado del mundo.

Fue esta razón que cuando se formalizó la propuesta del ferrocarril a Huanchaca, Arce —según el testimonio del eminente Baptista, que a la sazón era su Secretario de Estado—, libró más de una reñida batalla con una de las compañías empresarias, a la que se encaró con la inflex-

ibilidad del estadista, con la altiva firmeza del gobernante, con la persuasiva palabra del industrial, y hasta con la terquedad del tapir, y le dijo: *Está bien; todas las facilidades, todas las garantías, toda la colaboración posible, todas las concesiones mediatas e inmediatas, habidas o por haber, todo sea, pero el ferrocarril ha de ir hasta Oruro... ¡o nada!* Discusión, dijo Baptista, de emplazados, ricos, poderosos, que no ven más que el interés, ni consultan más que el tanto por ciento. Discusión seca, terminante, perentoria, ruda, torpe... casi a machetazos: *¿Sí o no?*

Aterrados los representantes de la Compañía ante una imposición tan férrea, hija de una extravagancia que no alcanzaban a comprender, como que siempre es difícil comprender las extravagancias, abrieron desmesuradamente sus ojos dilatados por la admiración, y preguntaron: *¿Hay también mucha plata en Oruro...?* Interrogante de índole europea... netamente europea. Poco o nada respondió, sino *“El ferrocarril ha de llegar allí, es lo que queremos”*. —Pero señor, replicaron, en esas dilatadas sabanas salitrosas, donde no se produce ni la cebada, en esos campos yermos e incultos, solitarios, cuya miserable población, casi salvaje, se incrusta apenas en pueblejo reducido a cenizas por el exceso de su atomía y su atraso, hasta el punto de no recoger ya sus tradiciones y sus recuerdos; en esa vasta zona deshabitada, ni el cóndor quiere hacer su nido, y los llameros de Carangas son portadores de sobra para hacer en sus llamas su escasísimo intercambio... *El ferrocarril por falta absoluta de movimiento comercial e industrial, es decir por falta de tráfico, no tendría más objeto que el de asustar con su silbato a la miedosa y destronada vicuña, que tan tristemente se queja cerca de los tugurios indígenas, viendo el escaso humo de sus chozas de paja. ¿Para qué el ferrocarril en ese páramo tan sombrío y estéril?*

—*¡Para que lo tengamos!*, insistió el Gobernante. —Ese ferrocarril, por falta de carga no producirá ni el 1% del capital que demanda, y por tanto será un ferrocarril fracasado.

—*¡Vulgaridades!*, dijo con desdén el Presidente. *En países con industrias adelantadas y que son ricos, con riquezas colosales como éstos, es el mismo ferrocarril que entra, el que se toma el trabajo de proveerse de carga, como si fuera un ser inteligente que conoce sus deberes y su destino. Y además, ¿qué le importa de todo eso a la Compañía? La República le asegura los intereses de su capital con sus rentas más saneadas, y el empresario no tiene el derecho de venguar si el ferrocarril será o no útil. (Argumento de hombre, de varón, de macho...)*

Es que, le objetaron, la República con un ferrocarril cos-



ner ferrocarril en Oruro

Figuración de la Estatua del Doctor Aniceto Arce, el 25 de Mayo de 1.909.

oso e inútil, pierde sus escasas rentas, y la prenda de la Compañía aminorada o disminuye, y es esa situación la que se teme. Se notaba que cuando más contundente era la lógica del mandatorio, sus contradicciones flaqueaban en su argumentación, hasta caer en consideraciones baladísticas e innobles. Por eso Arce frunció sus cejas con desagrado, se puso a pasear por la pieza y, parándose de improviso con la rigidez e inmovible firmeza de un Monolito de Tiwanaku, repuso: *Lo siento mucho, será necesario buscar una Compañía menos desconfiada y más emprendedora. Si yo pudiera en este momento, fijaría el arribo del ferrocarril a Cochabamba. Moderando mis exigencias, a lo justo y a lo posible, ha de llegar a Oruro, o no entra a Bolivia.*

No había remedio, y la condición fue aunque sea con repugnancia, aceptada y cumplida como quería el inmutable Arce, que mientras luchaba así por un lado, vela que por el otro le decía entre dientes: *Malvado, logrero, traidor. Es por eso que alguna vez he dicho: Pobre el labrador que para cultivar su campo, tiene que segar zarza. ¡Imposible es que no se desgarre y ensangrienten sus manos! Esa ley fatal ha hecho prorrumpir también a Víctor Hugo en esta imprección: Hombres grandes. Si queréis tener razón mañana, ¡morid hoy día!* Así, la maldición de Dios queda cumplida con exceso: no sólo se abona el campo con el sudor de la frente, sino también con sangre viva que enrojece el suelo.

Mas, aquí está precisamente el grande e inmarcesible triunfo de este hombre raro. No pasan sino 18 años, y hace ya doce que la gigantesca fundición de Playa Blanca, para cuya alimentación exclusiva se introdujo el ferrocarril a Huanchaca, es todo un desastre industrial y económico. Sus fraguas están frías, sus hornillos no tienen fuego, sus calderos enmohecidos, los muros se caen, sus chimeneas se inclinan al suelo; ese valor ingente se ha perdido, y si para algo todavía sirve ese monumento, es para atestiguar bien alto el fiasco de sus empresarios y los inconsistentes cálculos de sus ingenieros.

A no haber llegado ese ferrocarril a Oruro, él hubiera fracasado hace diez años. Entre tanto, en Oruro se ha buscado carga según las previsiones de su fundador. ¡Y qué carga! Son incontables los millones que el ferrocarril de este país "salvaje" ha arrojado sobre los mercados del mundo, con un metal antes despreciado hasta el envilecimiento: el estaño. Muchísimas sustancias igualmente ricas o mucho más, quedan guardadas para diez ferrocarriles todavía.

Arce no era un charlatán, pues era de pocas palabras, siempre rotundas y terminantes. No tuvo la pretensión de llamarse sabio, pero está visto que su penetrante mirada de estadista, abarcaba lejos en las caliginosas predicciones del porvenir, mucho más, por cierto, que las de los pretendidos y mercenarios sabios.

Ahora que lo hemos llamado Hermano Mayor en la familia boliviana, borrados el decurso de cuatro lustros los odios y las cóleras que nos dividían en la política, recuerdo que Eugenio Sueé, hombre de gran talento, media el mundo con un compás ajustado a una esfera terrestre, y a momentos se aproximaba al retrato de Sixto V colgado en la pared y, como quien lo consultaba en la extensión de vastísimos proyectos, le decía a la inanimada sombra: *¿No es así, hermano...? Permitidme a mí, que soy un cualquiera, usar un lenguaje parecido que tengo el derecho de usar y apostrofar a este lírio bronce que conservará la silueta de un gran hombre: ¿Qué hubieses dicho hermano, si vivo todavía, hubieses conocido una prensa asalariada y estúpida, que por una nauseabunda migaja sostiene que los pueblos de Oruro y Cochabamba no deben ligarse con ferrocarril, porque él no costea los intereses del capital que demanda? ¿No hubieses gemido de dolor o estallado de cólera, viendo que esos pueblos no pueden cambiar sus riquezas, multiplicarlas al indefinido sus medios de subsistencia, crearse mediante el pacífico trabajo, no sólo bienestar sino grandeza, y aún viven separados, débiles, pobres y arruinados, porque así conviene a las tenebrosas cábalas del egoísmo y la traición?*

Tu inteligencia recta e inquebrantable, que con tanta razón hallaba vulgar y despreciable el imbécil argumento del

ferrocarril sin carga, y negabas el derecho de los intrusos para colizar nuestras ganancias a costa de nuestro dinero, ¿qué hubieses dicho cuando patanes transformados en árbitros supremos de nuestros intereses y en dueños de nuestro albedrío, mienten con inconcebible desplane para ajustar nuestros intereses? ¿De qué? Del dinero que es nuestro, de ese precio de la pierna o el brazo que nos han amputado, de la sangre que todavía está goteando, de los colgados frescos y entumecidos de la más dolorosa de las amputaciones, de nuestra carne cortada, de nuestros huesos lacerados, de nuestro pudor desgarrado, de nuestra vergüenza vendida por un plato de lentejas? ¿No es cierto que les hubieses recordado iracundo que al entrar el primer ferrocarril en un desierto alroz e inhospitalario, la primera carga que trajo, no en sus wagons, sino entre sus ruedas, fue la naciente ciudad de Abaroa y la preciosa ciudad de Uyuni, que hoy a más debe llevar con justicia el nombre oficial de *Ciudad Arce*?

Los siniestros inventores del *Periodo Geográfico* han hallado su agosto, y si hubo un día que con toda la sinceridad del patriotismo, te llenamos de maldiciones por haber pensado en la cesión definitiva de Antofagasta en permuta con Tacna y Arica, los *periodogeográficos*, que eran los más acres en sus maldiciones hipócritas, han encontrado una geografía satánica, según la que, se vende a granel girones del territorio nacional, para avisarnos después con sublime caridad que el producto de esas ventas puede hacernos daño, y acaban por decirnos como Sancho: *ominis saturatio mala, perditur autem pessima*. Con ferrocarril a Cochabamba nos empacharíamos comiendo demasiado bien y los *periodogeográficos*, cuyo abuelo fue Tirteafuera, están velando por nuestra salud. Nos conviene la abstinencia y ellos poseen la ciencia de graduarla. ¡Son tan sabios!

Contigo, a tu manera de proceder, hace muchos años que el railway silbaría en las risueñas faldas del Tunari incensando con su penacho de humo al Ser Supremo, tarde y mañana, para traer de aquellos valles encantados la abundancia, y llevar de estas ricas estepas el oro sellado en Londres, esto es, para que dos pueblos se complementen el uno al otro, cambiando entre sí los dones que la Providencia repartió a cada uno de ellos en la distribución de sus inagotables bienes. ¿No es así, hermano?

No es pues en balde que la espontaneidad del sentimiento popular, ha levantado este monumento, que como tal tiene doble significación y valor siendo a la vez recompensa y censura.

A Pericles le acusaron sus conciudadanos por despilfarro, habiendo gastado inconsiderablemente los dineros del Estado en Obras Públicas demasiado suntuosas, acaso aún en haber hecho aprisionar con Fidas todos los atributos de la divinidad bajo la capa de marfil y el oro del Júpiter Olímpico.

Sí, confesó con ingenuidad el inmortal acusado. He gastado mucho y no quiero que se grave el erario. Pago el costo de estas obras y que se inscriba mi nombre en ellas. ¡Por el Gran Júpiter!, exclamaron los atenienses asustados y atónitos. Está bien todo hecho, todo ese gasto, gritaron, y todas las obras son de la República. Quedaron derrotados por un acto de grandeza, pero esas derrotas no sufren sino los hombres pensadores y los caracteres elevados. No la sufre sino un gran pueblo. (A los cretinos nada les importa de las inscripciones en los monumentos públicos, no saben leer)

Así son todas las obras y los monumentos, tienen doble sentido, porque la estatua que veis importa la recompensa póstuma de un pueblo agradecido a la memoria de un luchador por el progreso. Es también por un raciocinamiento a fortiori, un veredicto condenatorio, un acto de la reprobación popular para los ajustadores de intereses del dinero ajeno, para los nietos de Tirteafuera, para los economistas que jamás pondrán su nombre inscrito en el penísulo de una obra suntuosa, para los que saben ajustar las ganancias del capital que ellos dilapidan. Esta estatua es la reprobación de todos esos hombres mezquinos a quienes señala bien esa mano majestuosamente levantada, que muestra en horizonte lejano a esos a quienes Pericles les hubiese negado un asiento en

el reino animal. El triunfo de Arce es, pues, completo. Sus compatriotas reconocen el elevado mérito del que sin contar con los medios propicios, luchó denodadamente por hacer cuanto otros con dinero en mano no lo hacen.

La presente manifestación se limita a la acción progresista del mandatorio industrial y energético, sin comprender su actuación política que queda para las inflexibles y severas apreciaciones de la Historia Patria, porque si el error es patrimonio de la humanidad, los grandes hombres están sujetos también a grandes errores. Y algo se obtiene de esas grandes luchas que cuentan tantos dolores, pues en esas luchas por los principios queda siempre un problema social, moral o político, con incógnita despojada.

Carácter no sólo firme, sino atrevido, aventuró la encarnizada lucha electoral de 1.888, un aforismo audaz e inconveniente en extremo: Yo conozco, dijo, el precio de todos en Bolivia... Fatídica afirmación que debió ensangrentar a más de una población y sembrar con cadáveres un campo de batalla y muchos cadalsos.

En la iracunda discusión que con este motivo se trabó primero en la prensa y después en el terreno de los hechos, se comprobó que hasta en las clases más pobres, las convicciones no se colizan en dinero, porque si es cierto que numerosas bandadas de hombres venales extienden sus manos pidiendo propina, la dignidad lastimada de los otros se subleva. Y de aquí la guerra civil con sus lamentables consecuencias. Sin esa malhadada frase, quizá no se hubiesen ensangrentado las calles de la bella Sucre el 8 de septiembre de 1.888.

Advertencia preciosa, lección millones de veces repetida en la vida de la humanidad, de que NO SÓLO DE PAN VIVE EL HOMBRE. Lección que sin embargo jamás pueden aprovechar los hombres. El oro sirve para corromper, pero a Dios gracias no a todos. Hay, para honra, muchos hombres que salen ilesos de la prueba, almas templadas con pecho de pedernal, para quienes los golpes del medio corruptor, sólo hacen saltar chispas de indignación. Si así no fuera, toda convicción moral sería una mentira, una palabra sin sentido, y toda magistratura sería imposible.

La tarde del 7 de septiembre de 1.888, se arribó a la última fórmula de este problema social y ético por la perpetración de una monstruosa injusticia. Una Cámara Legislativa vendida como de costumbre a los mendrugos del palacio, le negó la palabra a un Diputado, prohibiéndole por medio de las bayonetas que se defendiera, no sólo como representante nacional, sino como hombre, de calumnias atroces vertidas por el cohecho envenenador. Ese diputado, cuya mandíbula inferior (hablando figuradamente) quedó rota por un taguezo, se prestó la boca de fuego de un fusil para hablar por ella al día siguiente. Cuando los fueros de la humanidad son hollados en definitiva, cuando la razón es ultrajada por la fuerza, por el dinero o la injusticia, el ciudadano tiene su último recurso en la pólvora. Ese Diputado fui YO.

Considerad ahora si es positiva la grandeza de este ilustre ciudadano, como impulsor del progreso y del trabajo, si soy yo mismo quien formuló su elogio póstumo al pie de su estatua. Cerebro fecundo que supo crear. Voluntad firme que supo realizar sus creaciones. Mano vigorosa y santa que supo impulsar el primer ferrocarril. ¡BENDECIDAS SEAN!



Patricia Collazos

Poesía femenina

Patricia Collazos Bascopé. La Paz. Poeta y pedagoga. Miembro de la Sociedad Boliviana de Escritores y Presidenta Vitalicia de la Sociedad de Arte de Bolivia. Ha escrito entre otros: *Cuentos sobre el analfabetismo* y *Visiones de la urbe prometida*.

Judith Ustáriz Arandía. Cochabamba. Poeta y profesora. Matiza sus actividades entre el cine, la radio y el teatro. Miembro de la Asamblea Permanente de Derechos Humanos y del PEN Internacional. Ha publicado entre otros: *Antología poética boliviana*, *Antología de la poesía universal* y *Sintonía del alma*.



Judith Ustáriz

Ñusta

Siempre me figuro
que en vidas anteriores
fui una ñusta,
pálida y morena,
que envuelta en lúnicas
de telas multicolores
bailaba al compás
de tarkas y pinquillos.

Tal vez por eso
gusto de lo tradicional
de Tiwanaku, mis kantutas
y el rojo coral
la yareta
los pulsos vistosos y cambiantes
las trenzas negras
con cintas de bayeta

Y porque fui ñusta,
quizás mis ples ligeros
tienen la nostalgia
de todos los senderos
y mis ojos,
la fiebre de la milenaria visión
desprendida del ritmo
de una antigua canción.

La diablada orureña

Sobre la tablada, ágiles pies
bailan la diablada con ardor.
Toda Bolivia surge entonces
como plegaria evocadora.

Oruro sonríe en carnaval
con su misterio embrujador
y entre los giros de la danza
los pies menudos se hacen cruz.

Y BOLIVIA danza... danza
hombres y diablos
¿Son aves o flor?
Sobre el tablado, los pies ágiles
bailan el ritmo evocador.

Niño campesino

Es un niño campesino
sobre la tierra india
zapatos de abarca
como paloma del Altiplano.

Siete años
andando por la sequía
con su canario de trapo
¡Qué simple! ¡Qué perfecto!

No tiene cine el domingo
no ve He-Man en sus hazañas
no tiene bombones, ni mandil blanco
su cama es de paja y el seno de su
madre.

Tiene abuela, hermanos, padres, tíos
es lo más limpio, lo más puro, lo único
¡Qué simple! ¡Qué perfecto!
es un niño campesino de Bolivia.

Patricia Collazos Bascopé

Cóndor

Vuelas libre
en cada era
desbriznando
en cada aliento
la atmósfera
en cada altura
con las alas
con el pico
con el último
suspiro
que suspende
el latido
de tu sangre
hasta la cumbre.
Vuelas libre
como ráfaga
como viento
y saeta
de relámpago
en la noche
como flecha
o cometa
que se pierde
en el espacio.
Vuelas libre
y arrogante
de blanco collar
nevado
de alas negras
y gigantes
que abrazan
la cordillera.

Si supieras

Si supieras lo que llevo
aquí hondo
muy adentro
anciarías
para siempre en mi navío
beberías
toda el agua de mi playa
moldearías
un castillo en mi arena
de acantilado o coral
de espuma o de cristal
para habitar mi morada
eternamente
encandilado
en el íntimo lecho
de mi sangre.

Peregrinas

Peregrinas en mí
como chispa
que agoniza en la penumbra
frágil
como lámpara
que perdió su cristal.
Habilas mi huerto
como árbol sin follaje
como jazmín sin fragancia
como pétalo sin rocío.
Peregrinas en mí
como el molino
dormido en el tiempo
con las aguas quietas
y las voces mudas
que paralizan el alma.

Judith Ustáriz Arandía

La poesía femenina manifiesta una visión de la época, reescribe la historia y propone el porvenir desde su concepción ideológica, no como elemento decorativo que aquilata la virtud de la mujer con su belleza, con su silencio o con el estricto cumplimiento de la función doméstica, benéfica y social, sino como reflejo de la inmediatez cultural. A pesar de que mucha de ella sigue siendo ignorada, incomprendida y hasta denostada por juicios excluyentes, subsiste la motivación de lo sublime en aras no de la redención, sino de su comportamiento creativo-simbólico, capaz de evolucionar las estructuras filosóficas de la sociedad.

H. C. Felipe Mansilla. Bolivia, 1942. Doctorado en ciencias políticas y filosofía en Alemania. Profesor visitante en universidades de Alemania, Australia, España y Suiza. Miembro de número de la Academia de Ciencias de Bolivia y de la Lengua, correspondiente de la Real Española.

África y Julitane

(Tercera de siete partes)

Como consultor externo e independiente, mi trabajo en la fundación consistía en confeccionar informes sobre la buena utilización de los fondos que la institución destinaba para fomentar partidos socialdemocráticos y la educación pluralista por toda África. Estos esfuerzos dieron frutos muy modestos: sólo en Botswana, Senegal y la Isla Mauricio se puede hablar hoy de partidos socialdemocráticos sólidos y limpios. En numerosos países el dinero paraba en manos de caudillos tradicionales, partidos corruptos e instituciones fantasma. Para mí, los casos más dramáticos de un pésimo uso de nuestros escasos fondos fueron Kenia y Tunesia: en el primero se fomentó uno de los regímenes más corruptos del mundo entero y en el segundo una forma perversa de autoritarismo. Pero mi jefe y amigo, hombre muy experimentado en el resbaloso ámbito de la praxis, me decía: "No podemos escoger situaciones ideales que nunca se dan en la práctica. Tenemos lamentablemente que trabajar con los políticos, los militantes y los partidos existentes. Ya vendrán épocas mejores. Laboramos para el porvenir, y sería una enorme arrogancia pensar que el futuro es sólo la repetición del presente. Los historiadores de la posteridad sabrán entender y valorar nuestros intentos y nuestros desvelos." Ante estos argumentos, cuya plausibilidad es clara, yo no podía decir nada de peso comparable. Conversé muchas veces con políticos y altos funcionarios de las jóvenes naciones africanas: casi todos ellos eran de trato muy fino, habían estudiado en universidades francesas y británicas, se movían muy bien en el ambiente de las organizaciones internacionales, pero no se interesaban gran cosa por problemas largo plazo, como la ética, el medio ambiente, el destino del propio país.

Cruzamos el río Gambia y ahí, cuando termina la estepa y comienza el bosque, Julitane y yo no pudimos ocultar del todo nuestro sólido vínculo. Mi jefe y amigo y los otros funcionarios no podían disimular una cierta envidia. No nos importaba en lo más mínimo. Al sud del Gambia se va diluyendo la influencia del Islam y del desierto, y empiezan el paisaje verde, los árboles tropicales, los cultos animistas y la música alegre. La gente canta en las calles, se divierte más y trabaja menos. No hay animales salvajes en esa región, pero, por lo menos, se perciben olores tropicales, brisas misteriosas y melodías sensuales. Pernocamos en Ziguinchor, capital de la Basse Casamance, fundación portuguesa, como innumerables ciudades a lo largo de las costas africanas. ¿Quién diría que en esta región tranquila, de aldeas y paisajes idílicos, se desataría poco después una guerra de guerrillas de notable intensidad y duración?

Fue en esa región tropical, donde no hay permanentemente arena en el aire, entre los dientes y en los ojos, como ocurre en la estepa, y tampoco predicadores musulmanes a cada paso, cuando más hablé con mi amiga de los nexos entre el amor y la fe. Me acuerdo muy bien de la religiosidad de Julitane, alejada de los ritos y centrada en aspectos filosóficos, como su gratitud a Dios por el amor físico bien logrado. Todo su comportamiento estaba muy lejos del Islam convencional. Compartíamos una religión ética sin exterioridades, dogmas e instituciones, que más tarde encontré en los pesados escritos de Immanuel Kant. Ahí, en los dulces brazos de Julitane, comprendí que la verdadera felicidad no proviene de entender los grandes sistemas filosóficos o los tratados de teología, ni tampoco del ejercicio del poder político, sino de gozar de pocos instantes, siempre breves, cuando uno admira obras de arte, fragmentos de música y de colores, o piernas perfectas y senos impecables como los de mi amiga. Siguiendo a Vladimir Nabokov, ella me dijo: experimentar la belleza de forma consciente es el acercamiento humano más

próximo a la comprensión de las grandes cuestiones, como el sentido de la vida, la existencia de Dios y el secreto de la muerte. Y el amor sensual, realizado con la persona que uno quiere y admira, es el método más simple y adecuado. Acariciando la suave piel de Julitane no me daba cuenta de qué es lo absoluto, pero tenía el feliz sentimiento de que estaba en el camino correcto, precisamente porque todo esto sucedió sin ninguna niebla de la mente.

En la Basse Casamance descubrí que Julitane tenía dos registros de voz. El uno era el oficial: una voz argentina, clara, sonora, imperiosa, de expresión impecable, de elegancia insuperable. No exagero ni un ápice. El otro registro, el más íntimo y suave, surgía cuando ella estaba libre de tensiones, exenta de la vigilancia de los otros y alejada de los imperativos de la razón: cuando se daba el lujo de ser espontánea. Era una voz de timbre bajo, sensual y apasionado, una genuina promesa de bonheur, que se mezclaba con las expresiones de una adolescente adorable, una voz que yo llegué a amar sobre todas las cosas. Insisto en mencionar este tema, pues hasta hoy me parece que el timbre de su voz, la manera de hablar y argumentar y las cadencias que producía eran lo más bello de Julitane. Era ciertamente una manera de hablar segura de sí misma, sin debilidades o concesiones a su rol de mujer. La precisión y la exactitud de su



estilo representaban, según ella, el respeto y la importancia que ella atribuía a los interlocutores y su deseo de ser bien comprendida por éstos. Además, su manera de hablar exhibía siempre un matiz irónico, moderado y en el fondo divertido, que a veces encubría o dulcificaba aspectos penosos y tristes. Su habla poseía una maestría bondadosa y sabia, revestida de un estilo clásico, brillante e incisivo. El solo recuerdo de su voz me emociona profundamente, pues ella me acercaba al paraiso. ¿Y qué puede ser el paraiso si no es el lugar familiar donde el sentimiento de felicidad, más o menos estable, no se vuelve tedioso porque nos puede conmover a menudo?

Desde el primer día el recuerdo de Julitane ha estado vinculado a la literatura. Pocos meses atrás habían aparecido dos novelas, que mi jefe y amigo las declaró como lecturas obligatorias para los empleados de la fundación. Con mucha sabiduría, nos convenció de que las grandes obras de ficción nos enseñan mucho más sobre la realidad cultural y política que los esfuerzos de las ciencias sociales. No sé si estos libros pertenecen a la gran literatura, pero ciertamente han influido hasta hoy de manera decisiva sobre mi visión de África. Recibí las dos novelas como regalo en el momento mismo de ingresar a la fundación el primer día de trabajo: *Julitane*, de Myriam Warner-Vieyra, y *Le pleurer-rire*, de Henri Lopès (ambas publicadas en París por Présence africaine en 1.982). Durante semanas se dieron interesantes debates en la fundación y en los círculos de extranjeros en Dakar en torno a estas dos obras, que mi amiga Julitane

delestanta con vehemencia. Sobre todo *Julitane*, tan similar a su nombre, le pareció abominable, una especie de insulto personal. Poco a poco comprendí por qué, pero esto no rebajó mi alto aprecio por la novela.

Como la vida de un escritor está tan ligada a los libros, es indispensable echar un breve vistazo a estas novelas. Henri Lopès, nacido en 1.937, es un distinguido novelista congoleño, un maestro recreador del idioma y un notable fabulador. *Le pleurer-rire* es su obra maestra y un clásico de la ficción de toda África. Constituye un brillante experimento literario: una estructura polifónica de gran belleza y refinamiento, compuesta por fragmentos dispersos de la más diversa índole, un despliegue delirante de buen humor e ironía. Es, sin duda, una mirada crítica, a momentos cínica y sin atenuantes sobre las costumbres políticas de aquellas naciones del África negra, que habían accedido a la independencia pocos años atrás y que habían malbaratado el tiempo de la autonomía y la libertad. Escrita desde la perspectiva de un secretario y confidente del Jefe de Estado, que clandestinamente mantiene contactos con la oposición, la novela describe, por un lado y con tono despreocupado, las aventuras y travesuras del dictador Tonton, a menudo sangrientas, y, por otro y con intención analítica, la mente tortuosa del mismo.

Tonton es seguramente el temble y folclórico Maniscal Mobutu Sese Seko (1.930 - 1.997), que gobernó Zaire con mano de hierro durante 32 años a partir de 1.965. Era presidente del Estado más extenso y más rico en recursos naturales de toda África, país al cual le cambió el nombre (de Congo a Zaire), le dio otra bandera y otro himno nacional, y modificó asimismo los nombres de innumerables ciudades, provincias, instituciones y accidentes geográficos. El mismo, bautizado según el rito católico como Joseph-Désiré Mobutu, después se llamó oficialmente Mobutu Sese Seko Nkuku Ngbendu wa Za Banga: El guerrero todopoderoso que con resistencia y voluntad inflexible va de conquista en conquista, dejando el fuego a su paso, o en versión abreviada también oficial: El guerrero que deja una estela de fuego. Abandonó la vestimenta occidental e introdujo un traje al estilo de Mao Tse-Tung, recubierto con la piel de un leopardo y con un sombrero ceremonial del mismo material. Muchísima gente, por ejemplo un buen número de los funcionarios internacionales y los ciudadanos de a pie del África Occidental, aplaudía este cambio de indumentaria: se lo percibía como una recreación innovadora en el campo simbólico y como una contribución importante al desarrollo de una genuina identidad nacional. En una palabra: Mobutu era popular, su poder omnimodo y como persona absorbente y vengativo.

Lo más interesante es la reconstrucción de los motivos, los valores de orientación y los anhelos del dictador, tan difundidos (y arraigados) entre la clase media urbana africana y la casta de políticos de todas las tendencias imaginables. *Le pleurer-rire* es la crónica de las canalladas del gran amo y señor del país, figura patriarcal amada, venerada y temida por la población. Al final, uno no sabe si reír o llorar ante la constelación de picardía, miseria, horror y estupidez que caracterizó al régimen de Mobutu y que se ha repetido, con pequeñas variantes, en numerosos países africanos y latinoamericanos.

(Continuará)



LA MÁQUINA DEL TIEMPO

Literatura boliviana del periodo independencista



Las Odas, si bien son escasas en el período independencista, posteriormente serán remplazadas por otras formas, especialmente por los himnos patrios y las décimas. Al constituirse las nuevas Repúblicas americanas, surgió un movimiento emancipatorio en las letras de entonces, que buscó un cauce más original y representativo; así, Andrés Bello, maestro de silvas y cantos virgilianos, que buscaba una fórmula que lo liberara de su filiación neoclásica europea, expresa lo siguiente en su "Alocución a la Poesía":

Divina poesía

*tú de la soledad habitadora
a consultar tus cantos enseñada
con el silencio de la selva umbría;
tú a quien la verde gruta fue morada
y el eco de los montes compañía,
tiempo es que dejes ya la culta Europa,
que tu nativa rusticidad desama,
y dirija el vuelo a donde te abre
el mundo de Colón su grande escena.*

Lo propio ocurrió con Esteban Echeverría, ya entrado el romanticismo, cuando afirmaba que el espíritu del siglo lleva hoy a las naciones a emanciparse, a gozar de independencia, no sólo política, sino filosófica y literaria; sin embargo, esa anhelada originalidad no llegaría con el rechazo o la sustitución de formas, sino —como sostiene Ángel Rama—: "confinada al talento individual, al tesoro personal".

Décimas:

Al parecer, la décima es la forma ideal de expresión poético-política de los vates independencistas; de ahí que la mayoría de los libelos que hemos hallado adoptan esa estructura formal, especialmente aquellos que proceden de los levantamientos indígenas de 1.780; por otra parte, inclusive utilizan términos quechuas, como en el libelo que circuló en Chuquisaca, a fines de 1.780, donde ironiza a los funcionarios

de la Corona, como podemos apreciar en el siguiente fragmento:

*Imasmari, imasmari,
adivinen los discretos
los acuerdos y decretos
que se deben a Catari.
No hay portador ni cañarl
que no cauce alteración.
Todos, llenos de aprehensión,
están dando sin cordura
cien golpes en la herradura
y ninguno en la razón.*

Luego de criticar la dispendiosa persecución de Catari, el autor insinúa que el verdadero alzado no es propiamente ese caudillo. Aquí acude a un juego retórico que tiende a desenmascarar a los realistas, definiendo con claridad su posición antipopular:

*Que Catari —permitido—
hubiese alterado Charcas,
¿en qué pecaron las arcas
para haberlas exprimido?
Vuestro miedo reprimido
era bien a vuestra costa
tuviese ayuda de Costa
para salir de los sustos
y no hacer gastos injustos,
por lo que vale una bosta.*

La siguiente estrofa ironiza a los olores de la Audiencia de Charcas, destacando su insensibilidad, al no admitir las quejas en contra de los corregidores, amparándose en la figura del Rey Carlos III:

*¿Qué importa que los olores
tengáis grandes las orejas
si no percibís las quejas,
si no escucháis los clamores?
Contra los Corregidores
no queréis grite la gente*